

Muchas experiencias revolucionarias realizadas, desde la base de la clase obrera, por lograr un verdadero poder de clase, han sido ahogadas en sangre o en el silencio por la social-democracia y el comunismo más ortodoxo. Sus planteamientos económicos en una sociedad de transición al socialismo proponen claramente un control rígido e individual del trabajo del obrero, con vistas a lograr de él la máxima productividad.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE UNA PRODUCCION Y DISTRIBUCION COMUNISTA es una crítica rotunda del reformismo social-comunista en sus ideas y práctica sobre la organización, y el papel de los trabajadores en el proceso de producción de una sociedad en transición al socialismo.

Libro de gran utilidad en el que los Grupos Internacional-Comunistas de Holanda (GIKH) autores de este libro, frente a la social-democracia y los partidos comunistas clásicos, plantean no sólo la revisión del tiempo de trabajo social medio, sino cómo se debe articular la producción y la distribución en la sociedad comunista.

66 SERIE "R"



principios
fundamentales
de una

PRODUCCION
Y
DISTRIBUCION
COMUNISTA
G.I.K.H.



Torres

60

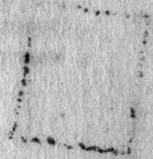
**PRINCIPIOS FUNDAMENTALES
DE UNA PRODUCCION
Y DISTRIBUCION COMUNISTA**

G.I. K.H.

**PRINCIPIOS FUNDAMENTALES
DE UNA PRODUCCION Y DISTRIBUCION
COMUNISTA.**



Colección "Lee y Discute"
Serie R - Núm. 66



Este texto forma parte de esa fragmentaria, riquísima y casi desconocida experiencia del movimiento obrero, que durante medio siglo los gestores de la III Internacional y de la Internacional de Viena han querido silenciar y enterrar definitivamente, sin haberlo conseguido, muy a su pesar.

Aunque el autor del presente escrito es un colectivo concreto, el GIK-H, Groupe Internationaler Komunisten (Holland), otros muchos grupos políticos, tanto de su época como de hoy, hubieran estado dispuestos a firmarlo. Pero los verdaderos inspiradores de este texto, de la indignación y la esperanza que lo recorre, hay que buscarlos en las experiencias de consejos obreros, de soviets, de colectividades agrícolas y colectivos de fábrica que ya desde antes de 1905 y aún más, después de 1917 y hasta 1937 en nuestro país, se implantaron por toda Europa para finalizar ahogadas por el capitalismo, la social-democracia o la misma ortodoxia comunista.

Es una crítica indignada contra la práctica de la Internacional de Viena, integrada por la social-democracia de la Internacional Socialista, que hoy gobierna media Europa Occidental, contra este mismo socialismo que había votado en el congreso de Basilea. Socialismo, en fin, que practica la colaboración de clase y que usa los parlamentos para que sus burócratas de partido compartan el poder.

Pero la indignación alcanza también a la III Internacional, reducida a ser instrumento servil de Moscú. Y Moscú quiere decir el PCUS, el partido que llevó a cabo la dominación sobre la clase obrera y campesina a través del «comunismo de estado», como le llaman los autores.

Colección "Lee y Discute." Serie R. núm. 66 (doble)
Edita: ZERO. Máximo Aguirre, 5 - Bilbao.
Distribuidor exclusivo: ZYX, S. A. - Lérida, 82 - Madrid.
© Reservados todos los derechos.
Portada de José M. Ballesteros.
Printed in Spain. Impreso en España.
I. S. B. N. - 84 - 317 - 0354 - 7
Depósito Legal.- M - 27235 - 1976.
Imprime: IBERGRAFICAS, S. A.
C/ Lope de Rueda, 11 y13 - Madrid - 9

Este libro obliga a recorrer la historia del movimiento obrero y del marxismo a lo largo de todo su itinerario, sin aceptar las periodizaciones consagradas. En realidad, no hay diferencias sustanciales entre los social-demócratas de Viena y la Komintern (partido bolchevique y otros partidos comunistas que le siguieron). El resultado de la acción de ambos es el «capitalismo de estado», realizado, por los primeros, mediante la escalada parlamentaria (Kautsky) y, por los segundos, a través de la toma armada del poder. Diferencia más aparente que real, como nos mostraría el VII Congreso del Komintern al teorizar el Frente Popular, que suponía, en definitiva, el abrazo entre las dos Internacionales.

Este abrazo prosigue hoy: es el abrazo con la sociedad capitalista desarrollada.

En el fondo, el debate profundo que plantea este texto dentro del movimiento obrero es la separación abismal entre la social-democracia reformista o radical (bolcheviques), por un lado, y el comunismo de la «asociación de productores libres e iguales» por otro.

Es cierto que «la social-democracia confunde las formas organizativas específicas del dominio sobre el trabajo socializado con el mismo trabajo socializado».

Entre «comunismo de Estado» y «Capitalismo de Estado» no existen prácticamente diferencias. A través de la historia del movimiento obrero la social-democracia no ha hecho sino reforzar la tendencia al trust vertical, que no es sino el tipo de vínculo capitalista de la organización del proceso productivo, desde las materias primas al producto acabado.

Sin embargo la esperanza que recorre este texto consiste en afirmar la posibilidad de una producción y distribución basadas en la acción consciente de los mismos trabajadores.

El grupo alemán que editó por primera vez este libro (la A.A.U.D., Allgemeine Arbeiter Union Deutschlands) ve en el presente libro «la posibilidad de construir una producción y distribución, por primera vez en la historia del movimiento obrero de posguerra, en el sentido de una sociedad basada en las necesidades del hombre».

Pero las necesidades del hombre son un acontecimiento histórico muy complejo. Según el grupo holandés autor de ese escrito, los principios de la producción y distribución comunista no se instauran, evidentemente, haciendo «tabla rasa», sino a partir de la

complejidad y el desarrollo alcanzadas por las fuerzas productivas de la Europa contemporánea. Por ello el texto no se plantea ilusoriamente volver a un «comunismo primitivo», sino que suscribe un comunismo que debe construirse partiendo de la madurez de las fuerzas productivas que se han desarrollado en el seno del capitalismo.

Si se quiere, entonces, acusar a la presente obra de «utopismo», se debe hacer enfrentándose con ella en sus detalles, porque el trabajo no es una exposición de principios, sino el intento real de esbozar los fundamentos de una contabilidad comunista.

En efecto, si quisiéramos resumir el objetivo del esfuerzo del grupo holandés, debemos decir que esta obra nace para afirmar la posibilidad y la necesidad de una unidad de medida social para regular la producción y distribución comunista. Unidad de medida social significa la abolición de una estructura (demiurgo) arbitraria: el estado, tanto capitalista como pretendidamente comunista.

Unidad de medida social también significa el desarrollo de una «revolución social» que «fije la nueva relación —entre productor y producto— que dé al trabajador un derecho sobre el producto que coincida con su tiempo de trabajo, realizándolo por medio del cálculo del tiempo de trabajo».

La objeción fundamental que se ha hecho a este razonamiento es, en el fondo, la objeción de Kautsky: el cálculo es imposible; mejor es confiar en el estado-demiurgo como solución del problema (Hilferding).

Pero nosotros no planteamos estas objeciones. No podemos retroceder ante la dificultad de un cálculo. Por otro lado, la objeción planteada por Kautsky es evidentemente ideológica, pues parte de la pretensión de saber desde ahora en qué consiste un desarrollo socialista. La concepción que subyace en la ideología social-democrática es bien conocida: prioridad de la industria pesada sobre la industria ligera; prioridad de la industria sobre la agricultura; uso indiscriminado de la tecnología en sentido occidental; no variación de los modelos fundamentales de consumo; etc... Se trata de la vieja fórmula de la URSS: «alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas avanzados en todos los campos de la producción» o, también, del supuesto básico de todas las formulaciones de los partidos comunistas y socialistas de los países europeos del capitalismo avanzado: «Mantener el nivel productivo de país avanzado en el momento de la transición al socialismo».

Precisamente, el trabajo de los comunistas holandeses critica abiertamente estas concepciones que sólo han podido defender los aparatos ideológico-burocráticos de los estados y partidos, ofreciéndolas como «ideal» a las masas.

La primera se refiere a que ignora, de algún modo, la estructura internacional de la acumulación. Se trata de replantear el problema que se analiza en este libro no sólo a nivel de la situación metropolitana (países centrales), sino también a nivel de la relación que se establece entre la metrópoli y la periferia. No se puede reducir el intercambio desigual capitalista al intercambio entre empresario y fuerza de trabajo de la fábrica europea. En los autores de este escrito está bien claro que las materias primas y otros medios de producción sólo se pueden valorar según el tiempo de trabajo contenido en ellas. Pero, de otro lado, nada se dice de la posibilidad de encontrar una plusvalía formada en el subdesarrollo, no sólo en los beneficios metropolitanos, sino también en los mismos salarios, o, por lo menos, en ciertos niveles salariales de la metrópoli.

En resumen, el primer orden de problemas que deja abierto este libro se refiere, a nuestro juicio, a la persistencia de una realidad colonial como condición necesaria para el nivel de desarrollo capitalista de los países imperialistas euroamericanos.

Este mismo problema nos ayuda a señalar una segunda observación, que aquí sólo queremos apuntar y para la que enviamos al lector a un libro muy breve que publicamos en la primavera de 1975. Se trata del texto «Sobre la transición» del economista africano Samir Amin. Este texto se enfrenta, de hecho, con el problema de la transición en África, pero, además, el razonamiento plantea problemas fundamentales:

«...la periferia se ve obligada a superar el capitalismo, y a abrir el camino a la invención de una sociedad socialista y liberar a la humanidad de su alienación. Todos los problemas «técnicos» de la estrategia de transición deben ser examinados de nuevo desde este punto de vista. Particularmente las relaciones agricultura-industria, industria ligera-industria de base, métodos de alta intensidad de trabajo-métodos de «alta intensidad de capital», deben ser revisados en este marco. El problema está en cambiar las instalaciones más modernas por las mejoras inmediatas del sector «pobre», en el cual se concentra la masa de la población, y poner la técnica moderna al servicio inmediato de la mejora de la productividad, del futuro

de las masas. (...) Así concebida, la estrategia concreta de la transición aparece ante todo como una estrategia de autoconfianza, autoconfianza que debe ser adquirida a diversos niveles en el respeto democrático de los grupos sociales populares reales de los que se compone una nación: el pueblo o la ciudad, las regiones (en particular en África, donde la región real corresponde a una homogeneidad cultural y étnica), el Estado y, eventualmente los grupos de Estados». (S. Amin, Sobre la Transición, Zero, 1975, pp. 24-25)

—¿Por qué esta cita tan larga? Evidentemente, no se trata de usar el razonamiento de Amin para africanizar Europa. Más bien se trata de comprender que no es suficiente que los medios de producción pasen a manos de los obreros. Tampoco es suficiente siquiera que se afirme una unidad de cálculo como el tiempo de trabajo. Si esta unidad de cálculo se afirma y fabrica en la metrópoli, nos puede dar como resultado la creación de soviets imperialistas. Pero los conceptos soviético imperialista se contraponen evidentemente. Están en una total contradicción política y cultural. Esto significa que para que existan consejos de fábrica que realmente gestionen la producción y la distribución por sí mismos, deben tener en cuenta que la acumulación a escala internacional se crea con la sobre-explotación del trabajo colonial, el intercambio desigual. Y, para evitar esto, hará falta que sean consejos (soviets) capaces también de optar por un empobrecimiento. Europa, una Europa en transición, no podrá evitar empobrecerse. No se puede afirmar que con una redistribución de los beneficios se podrá evitar el empobrecimiento. Es una colosal tontería económica. Hay que contar con la eliminación de la realidad colonial. Si en África la gestión de la producción y la distribución en poder de los trabajadores tendrá que anteponer una «resistencia cultural» a opciones tecnológicas de impronta occidental y capitalista, en Europa una gestión de la producción y distribución en manos de los trabajadores no podrá estar dispuesta a un empobrecimiento y a mantenerse fiel a una unidad de cálculo social internacional, sino a condición de un extraordinario crecimiento cultural y político de los propios trabajadores.

INTRODUCCION

La presente obra colectiva *Grundprinzipien Kommunistischer Produktion und Verteilung — Gruppe Internationaler Kommunisten* — Holanda apareció por primera vez hace cuarenta años. Sus autores, el Grupo de Comunistas Internacionales de Holanda, pertenecían al movimiento de los Consejos. Los Consejos surgieron por primera vez durante la Revolución Rusa de 1905. Según Lenin, tenían ya la fuerza suficiente para tomar el poder político, aunque, en realidad, se movían aún, dentro de los márgenes de la revolución burguesa. Para Trotsky, los Consejos obreros representaban, al contrario de los partidos políticos presentes en la clase obrera, la organización propia del proletariado. El holandés Anton Pannekoek veía en el movimiento de los Consejos la autoorganización del proletariado, que le conduciría a su dominio como clase y a la dirección de la producción. Con el desarrollo de la revolución rusa (*) y con el fin de los Consejos el interés por esta nueva forma de organización se perdió y la organización del movimiento obrero estuvo nuevamente a disposición de los partidos políticos y los sindicatos tradicionales. Más tarde, la revolución rusa de 1917 repropondría la perspectiva de los consejos para el movimiento obrero internacional; pero no sólo como expresión de la organización espontánea de los trabajadores revolucionarios, sino además como medida necesaria frente a la posición contrarrevolucionaria del movimiento obrero tradicional.

La primera guerra mundial y la quiebra de la II Internacional cerraron el primer período del movimiento obrero. Lo que mucho

(*) de 1905 (NdT)

antes era previsible, a saber, la integración del movimiento obrero en la sociedad burguesa, se convirtió en un hecho irrefutable. El movimiento obrero no era un movimiento revolucionario, sino un movimiento de obreros, que intentaba adaptarse al capitalismo. Tanto los dirigentes como los propios trabajadores, no carecían de interés por la abolición del capitalismo y se contentaban con la actividad sindical y política en el interior. Las escasas posibilidades de los partidos y de los sindicatos en el interior de la sociedad burguesa, expresaban los intereses reales de los trabajadores. No se podía esperar otra cosa, ya que un capitalismo en expansión progresiva excluye todo verdadero movimiento revolucionario.

El idilio de una armonía posible entre las clases en el curso del desarrollo capitalista, sobre el que se fundaba el movimiento obrero reformista, se hizo pedazos al chocar con las contradicciones mismas del capitalismo, que se expresan mediante crisis y guerras. La ideología revolucionaria, al principio reducida a una minoría radical en el interior del movimiento obrero, se introdujo entre las grandes masas cuando la miseria de la guerra puso al desnudo la verdadera naturaleza del capitalismo; y no sólo la del capitalismo, sino también la de las organizaciones obreras crecidas en su seno. Las organizaciones habían escapado de las manos de los trabajadores; para ellos existían sólo en la medida en que era necesario mantener la existencia de su burocracia. Puesto que la función de estas organizaciones está ligada al mantenimiento del capitalismo, no pueden por menos que oponerse a toda lucha real contra el sistema capitalista. Un movimiento revolucionario necesita, en efecto, formas de organización que lleven más allá del capitalismo, que den el poder a los obreros sobre sus organizaciones, organizaciones en las cuales no esté una parte de la clase obrera sino su totalidad. El movimiento de los Consejos fue un primer intento de construir una forma de organización adecuada a la revolución proletaria.

Tanto la revolución rusa como la alemana encontraron como expresión organizativa el movimiento de los Consejos. Pero en ninguno de estos dos casos alcanzaron la capacidad suficiente para afirmar su poder político y usarlo en la construcción de una sociedad socialista. Mientras que el fracaso del movimiento de los Consejos ruso hay que achacarlo indudablemente al retraso de la situación social y económica rusa, la derrota del movimiento alemán fue producto de la falta de voluntad de las masas trabaja-

doras en realizar el socialismo de manera revolucionaria. La socialización era vista como tarea del gobierno y no como tarea de los mismos trabajadores; y así, el movimiento de los Consejos decretó su propio fin restableciendo la democracia burguesa.

Si bien el partido bolchevique había llegado al poder con la consigna «todo el poder a los Soviets», se atuvo a la concepción socialdemócrata según la cual la construcción del socialismo era tarea del Estado y no de los Consejos. Mientras que en Alemania no se llevaba a cabo ningún tipo de socialización, el estado bolchevique destruyó la propiedad privada capitalista pero sin atribuir a los trabajadores ningún derecho a disponer de su producción. Por aquello de que defendían los intereses de los trabajadores, el resultado fue una forma de capitalismo de estado, que dejaba intacta la condición social de los trabajadores y que más bien continuaba su explotación en beneficio de una nueva clase privilegiada. El socialismo no se podía realizar ni por medio de una reforma del Estado democrático burgués, ni por medio del nuevo estado bolchevique revolucionario.

Prescindiendo de la inmadurez objetiva o subjetiva de la situación, la vía que hubiese sido posible tomar para alcanzar la socialización permanecía envuelta en la oscuridad. La teoría socialista tendía genéricamente a la crítica del capitalismo y a la estrategia y táctica de la lucha de clases en el interior de la sociedad burguesa. La vía al socialismo y su estructura, aparecían como prefiguradas ya en el capitalismo. El mismo Marx había dejado sólo pocas indicaciones fundamentales sobre el carácter de la sociedad socialista, ya que efectivamente es poco productivo ocuparse del futuro, de situaciones no comprendidas dentro del presente o del pasado. Sin embargo, contrariamente a cuanto sostienen interpretaciones posteriores, Marx había puesto en claro que el socialismo no se refiere al Estado sino a la sociedad. El socialismo como «asociación de productores libres e iguales» necesitaba del «Estado», es decir, de la dictadura del proletariado, sólo hasta tanto durara su estabilización. Con la consolidación del socialismo, la dictadura del proletariado, entendida como «Estado», desaparecería. En cambio, en la concepción socialdemócrata, tanto reformista como revolucionaria existía una identificación del control estatal con el social, y el término «asociación de productores libres e iguales» perdió su significado original.

Las características del Socialismo futuro ya contenidas en el

capitalismo no fueron vistas en la posible auto-organización de los productores en la producción y la distribución, sino en las tendencias a la concentración y la centralización, típicas del capitalismo, que generarían finalmente un dominio estatal sobre todas las esferas de la economía. Esta concepción del socialismo fue asumida primero y más tarde atacada, tachándola de ilusión por la burguesía.

El fin de un gran movimiento revolucionario como el de los Consejos no excluye la posibilidad de su reaparición en una nueva situación revolucionaria. Además, de las derrotas se puede aprender. La tarea de los comunistas consejistas después de la revolución perdida, no consistía en la propaganda del sistema de Consejos, sino también en la investigación de las carencias por las que el movimiento había fracasado. Una de las carencias, quizá la mayor, había sido que los Consejos no tenían en absoluto claridad respecto de sus tareas en una organización socialista de la producción y la distribución. Ya que los Consejos tienen su base en las fábricas, éste debe ser el punto de partida para la coordinación social y la síntesis de la vida económica, y en ellas los productores deben poder disponer de lo que producen. Estos *principios fundamentales de una producción y distribución comunista* fueron el primer intento del movimiento de los Consejos en Europa occidental de ocuparse del problema de la construcción del socialismo sobre la base de los Consejos.

Teniendo en cuenta las grandes dificultades con las que se encuentra una posible revolución proletaria, a primera vista, este escrito, que se ocupa en su mayor parte de la unidad de cálculo y de la contabilidad de la economía comunista, podrá parecer extraño.

Ya que no se pueden prever exactamente las particularidades de las difíciles situaciones políticas que nos esperan, sólo podemos dedicarnos a la especulación sobre un tema así. Puede ser fácil o difícil destruir un cierto sistema social: depende de condiciones que no pueden ser previstas. Pero este escrito no se ocupa de la organización de la revolución, sino de problemas posteriores. Como, además, no es posible adivinar el estado de la economía después de la revolución, no se puede ni siquiera hacer un programa por adelantado de los trabajos que deberán ser llevados efectivamente a cabo. Pero sí es posible discutir anticipadamente los procedimientos y los instrumentos necesarios para la

afirmación de determinadas condiciones sociales que se quieren obtener, en este caso condiciones que se consideran comunistas.

El problema teórico de la producción y la distribución en el comunismo ha resultado un problema práctico a partir de la revolución rusa. Pero la práctica estaba determinada desde el principio por la concepción del control estatal centralizado, al cual se referían las dos alas de la socialdemocracia. Las discusiones sobre la realización del socialismo o del comunismo dejaban fuera el problema real: el del control de los trabajadores sobre su producción. La cuestión estribaba, en cómo se podía realizar la planificación económica dirigida por una autoridad central. Ya que, según la teoría marxiana, el socialismo no conoce el mercado, ni la competencia, ni los precios, ni el dinero, el socialismo era concebible sólo como economía natural, en la cual, mediante la estadística, tanto la producción, como la distribución, vienen determinadas por un servicio central. En este punto se centró la crítica burguesa al afirmar que en estas condiciones es imposible una gestión racional porque la producción y la distribución necesitan una medida de valor, como la que proporcionaban los precios de mercado.

Para no anticipar la disertación que a este respecto se encuentra en *principios fundamentales de una producción y distribución comunista* baste decir que sus autores han encontrado la solución al problema de la necesaria unidad de cálculo, en el tiempo de trabajo socialmente medio como base de la producción y la distribución. La aplicación práctica de este método de cálculo y la contabilidad pública a él unida se demuestran minuciosamente. Y como se trata tan sólo de métodos para alcanzar determinados resultados, el razonamiento es perfectamente lógico. El uso de este método tiene como condición necesaria la voluntad de llegar a una producción y distribución de tipo comunista. Verificado este presupuesto, nada se opone a este método, aunque puede no ser el único adaptado al comunismo. Según Marx, toda economía es una economía «de tiempo». La subdivisión y el desarrollo del trabajo se realizan según las exigencias de la producción y el consumo y al igual que en el capitalismo el tiempo de trabajo es la medida de la producción, aunque no de la distribución. En la base de los precios, reguladores del capitalismo, se encuentran valores ligados al tiempo de trabajo. Las relaciones de producción y de explotación en el capitalismo que son al mismo tiempo relaciones de

mercado, y la acumulación de capital que es el motivo y el motor de la producción capitalista, excluyen un intercambio de valores equivalentes dado por el tiempo de trabajo. No por nada la ley del valor domina la economía capitalista y su desarrollo.

Partiendo de este hecho, se puede pensar fácilmente que también en el socialismo debe ser válida la ley del valor, ya que en éste también debe tenerse en cuenta el tiempo de trabajo, para hacer posible una economía racional. Pero el tiempo de trabajo se transforma en «valor del tiempo de trabajo» sólo en condiciones capitalistas, en las cuales, la necesaria coordinación social de la producción está sujeta al mercado y a las relaciones de propiedad privada. Sin relaciones capitalistas de mercado no existe ninguna ley del valor, aunque aún, y quizá siempre, sea necesario considerar el tiempo de trabajo para adaptar la producción social a las necesidades de la sociedad.

Es en este último sentido en el que los *principios fundamentales de producción y distribución comunista* hablan del tiempo de trabajo socialmente medio.

Los autores subrayan el hecho de que antes de ellos se había propuesto el tiempo de trabajo como unidad de cálculo económico. Consideran inaceptable esta propuesta porque se basa sólo en la producción y no en la distribución, y en eso sigue emparentada con el capitalismo. Según su punto de vista el tiempo de trabajo socialmente medio debería valer tanto en la producción, como en la distribución. Aquí, sin embargo, nos encontramos con una dificultad y debilidad para calcular el tiempo de trabajo, dificultad que Marx también había visto, no encontrando otra respuesta que la abolición del cálculo fundado sobre el tiempo de trabajo en la distribución, llevando a cabo el principio comunista «de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades».

En su crítica del Programa de Gotha del partido socialdemócrata alemán, Marx aclaró el hecho de que una distribución proporcional al tiempo de trabajo, traería consigo una nueva desigualdad, ya que los que producen se diferencian por su capacidad de trabajo y por su situación privada. Algunos trabajan más en el mismo tiempo; unos tienen que mantener una familia y otros no; por tanto, la igualdad de la distribución según el tiempo de trabajo tiene como efecto la desigualdad en las condiciones de consumo. Marx escribe: «En efecto, a igualdad de trabajo prestado y, por tanto, a igualdad de usufructo del fondo social de

consumo, uno obtiene más que otro, uno es más rico que otro, etc... Para evitar esta situación injusta, la ley debería ser desigual más bien que igual». Si bien consideraba este inconveniente como «inevitable en la primera fase de la sociedad comunista», no lo consideraba un principio comunista. Cuando los autores de los *Principios fundamentales* dicen que su exposición es «sólo la utilización consecuente del pensamiento marxiano», es verdad sólo en la medida en que este pensamiento se refiere a una fase del desarrollo socialista, en la cual reina aún el principio del intercambio de equivalentes, principio que encontrará su fin en el socialismo.

Para Marx estaba claro que «toda distribución de los medios de consumo es sólo la consecuencia de la distribución de los medios de producción», y que «cuando los medios de producción sean propiedad de los mismos trabajadores, se conseguirá una distribución de los medios de consumo diferente de la actual». Los posibles defectos de una distribución según el tiempo de trabajo no podían, pues, ser superados con una división entre la producción y la distribución, ya que el gobierno de la producción por parte de los productores comprende también su control sobre la distribución, así como la determinación de la distribución por parte del Estado —la asignación desde arriba—, comprende también el control estatal sobre la producción. Los autores de los *Principios fundamentales* subrayan justamente que los productores deben tener la más amplia posibilidad de disponer de su producción, pero que esto exija una distribución según el tiempo de trabajo, es otro problema.

En los países capitalistas de desarrollo avanzado, o sea, en los países en los que es posible la revolución socialista, las fuerzas sociales productivas están suficientemente desarrolladas como para producir medios de consumo en sobreabundancia. Más de la mitad de toda la producción capitalista y de las actividades improductivas ligadas a ésta (prescindiendo completamente de las posibilidades de producir que no son explotadas) no tienen seguramente nada que ver con el consumo humano real; sino que sólo pueden encontrar sentido en la irracional economía de la sociedad capitalista. Resulta entonces claro que en condiciones de economía comunista se podrán producir tantos bienes de consumo que harán superfluo un cálculo de sus partes individuales.

El logro de la abundancia, ya hoy potencialmente presente.

presupone, sin embargo, una completa transformación de la producción social, basada en las necesidades reales de los productores. La transformación de la producción capitalista en una producción orientada según las necesidades humanas, no sólo traerá como resultado de la abolición de las relaciones capitalistas un cambio en el desarrollo técnico-industrial, sino, que de esta manera, dará también mayor seguridad al futuro de la existencia humana, ahora claramente en peligro.

Si bien los *Principios fundamentales* ponen justamente el acento en el hecho de que la producción está condicionada por la reproducción, y si bien el punto de partida de la producción comunista sólo puede ser el del fin del capitalismo, la nueva sociedad necesita en cualquier caso transformaciones adecuadas en los objetivos y en los métodos de la producción. Los procedimientos empleados en estas transformaciones y los resultados obtenidos permitirán elegir el modo de distribución adecuado, tanto según las partes de la producción como según las variables necesidades reales. Además es también posible que una destrucción parcial de la base de la producción, como consecuencia de la lucha de clases necesaria para la transformación social, excluya la distribución según el tiempo de trabajo, sin que por esto sea imposible una distribución igualitaria, por ejemplo por medio de racionamientos. Y esta distribución igualitaria podría ser determinada por el propio trabajador, sin el giro vicioso del cálculo del tiempo de trabajo. Pero los *Principios fundamentales* parten de un sistema económico comunista «normal», esto es, de un sistema ya impuesto y con condiciones propias de reproducción. En condiciones semejantes, una distribución ligada al tiempo de trabajo parece superflua.

Es verdad que la «relación exacta entre el productor y el producto» auspiciada en los *Principios fundamentales* concierne solamente a la parte individual de la producción —después de la sustracción de las partes de la producción que competen al consumo y a la reproducción de la producción social—. El proceso de socialización se expresa en la disminución del consumo individual y el aumento del consumo público, por lo que el desarrollo comunista tiende a fin de cuentas a abolir el cálculo del tiempo de trabajo en la distribución. La estructura económica sin mercado necesita de la organización de los consumidores en cooperativas (en contacto directo con las empresas) en las cuales las necesidades

individuales, referentes al consumo y a la producción, puedan expresarse colectivamente. Es una pena, sin embargo, que ésta sea la parte menos elaborada de los *Principios fundamentales*, cuando precisamente la presunta libertad de consumo de la economía de mercado es utilizada por el capitalismo para hacer la apología de sí mismo. En realidad, es perfectamente posible establecer las necesidades del consumo sin necesidad del mercado, y aún mucho mejor, que lo hace el mercado, porque en la sociedad comunista desaparecen las deformaciones de la demanda del mercado, causadas por una distribución ligada a la existencia de clases sociales.

También en la producción un cálculo exacto sólo puede realizarse aproximadamente, ya que el proceso de trabajo y de reproducción está sujeto a constantes cambios. El cálculo del tiempo de trabajo socialmente medio para la producción global está sujeto a ciertas dilaciones, y los resultados obtenidos están siempre retrasados con respecto a la reproducción efectiva. La «exactitud» del cálculo se refiere a un momento pasado, y por mucho que sea posible acortar los tiempos de indagación por medio de métodos e instrumentos modernos, el tiempo de trabajo socialmente medio varía constantemente. Esta falta de exactitud no es un obstáculo insuperable para el cálculo de la producción y de la reproducción social, tanto al nivel mismo de la producción como a nivel superior. Pero la situación real diferirá de la calculada, y solamente en la diferencia encontraremos el estado real de la producción. En el cálculo del tiempo de trabajo no se trata de obtener la adecuación completa del tiempo de producción, obtenido mediante la unidad de medida, al tiempo medio de trabajo efectivamente empleado y a la producción resultante, sino de ordenar y distribuir el trabajo social, cosa que por su propia naturaleza podrá obtenerse sólo de forma aproximada. Para una economía comunista planificada, un resultado así es perfectamente aceptable.

Los autores de los *Principios fundamentales* conciben la organización productiva de manera que «la relación exacta entre el productor y el producto llegue a ser la base del proceso de producción social». Ven esto como el «problema fundamental de la revolución proletaria», porque sólo de esta manera se puede evitar que se alce un aparato por encima de los productores. Sólo por medio de una definición de la relación entre el producto y el productor «se puede abolir la función de los dirigentes y de los administradores en el reparto del producto social». El presupuesto

necesario para una sociedad sin clases es pues la autodeterminación de la distribución por parte de los productores. En verdad, la determinación de la relación directa entre productor y producto sólo puede ser el resultado de una revolución proletaria victoriosa, que establece el sistema de los Consejos como organización social. En este caso, la necesidad de regular el proceso productivo en función de la distribución puede ser menor. Se puede imaginar una distribución controlada de los medios de consumo tan bien como una no controlada, sin que esto haga necesaria la existencia de nuevos estratos privilegiados. Por lo demás, la sola asunción de una norma para la distribución no es condición suficiente para el establecimiento de una economía comunista: ésta, en efecto, no debe basarse simplemente en la participación de los productores en el producto social sino más allá de estos problemas, en las condiciones materiales de la producción social.

En el capitalismo, la distribución, está regulada sólo aparentemente por el mercado. Si bien la producción debe realizarse basándose en el mercado, el mercado mismo está determinado por la producción de capital. En la base del proceso de producción están la producción del valor de cambio y la acumulación del capital. El valor de uso aparece en la producción sólo como un medio para aumentar el valor de cambio. Las verdaderas necesidades de los productores pueden ser tenidas en cuenta sólo si coinciden con los imperativos de la acumulación. La producción, producción de plusvalía, se regula en la economía de mercado automáticamente según las relaciones del valor de cambio, que no coinciden sino accidentalmente con las relaciones del valor de uso. La sociedad comunista produce sólo para el uso y debe por ello adecuar la producción y la distribución a las necesidades reales de la sociedad. La producción es anterior a la distribución, aunque esté determinada por las necesidades de los consumidores. Pero la organización de la producción necesita bastante más que la determinación exacta de la relación entre productor y producto: necesita del control de las necesidades y de las capacidades de producción de toda la sociedad, en sus formas físicas, y de una distribución adecuada del trabajo social.

El sistema de los Consejos no se podrá hacer a menos que se creen instituciones que hagan posible una supervisión sobre las necesidades y las posibilidades del conjunto social. Los conocimientos así obtenidos deben dar lugar a decisiones que no pueden

ser tomadas por cada organización de fábrica. La estructura del sistema de los Consejos debe ser tal que regule la producción centralmente, sin por esto condicionar la autonomía de los productores. En las mismas fábricas, además, la ejecución de las decisiones de los trabajadores se dejará a los Consejos, sin que por esto deba surgir una primacía de los Consejos sobre los trabajadores. También, desde una óptica más global, en la producción nacional, se pueden encontrar métodos organizativos que coordinen las instituciones por encima de las fábricas, bajo el control de los productores. Pero esta solución de la contradicción centralismo-federalismo que es por otra parte auspiciada en los *Principios fundamentales*, no podrá resolverse simplemente por medio de un «registro del proceso económico en la contabilidad social general» muy probablemente serán necesarios órganos particulares, integrados en el sistema de los Consejos, que se ocupen específicamente de la organización económica.

En los *Principios fundamentales* el rechazo de una administración central de la producción y distribución dirigida por el Estado se basa en la experiencia rusa, lo que en realidad no afecta al sistema de los Consejos, sino al capitalismo de Estado. Pero también aquí, la producción y la distribución no son obra de estos organismos de planificación sino del Estado que se sirve de estos organismos de planificación como instrumentos. Es la dictadura política del aparato estatal sobre los trabajadores, y no una planificación de la economía, lo que ha llevado a un nuevo tipo de explotación de la cual participan también las autoridades de la planificación. Sin la dictadura política del aparato estatal, los trabajadores no estarían obligados a someterse a la administración central de la producción y la distribución.

La primera condición de la producción y la distribución comunista es, pues, que no exista ningún aparato estatal al lado o por encima de los Consejos, y que la función «estatal», la supresión de las tendencias contrarrevolucionarias, sea ejercida por los mismos obreros, organizados en sus Consejos. Cualquier partido que, como fracción de los trabajadores, aspire al poder estatal o se coloque como aparato estatal después de la toma del poder, intentará sin duda ser quien controle la producción y la distribución, y reproducir este control para mantener las posiciones obtenidas. Si existe el control de la mayoría por parte de una minoría, entonces seguirá existiendo la explotación. El sistema de los

Consejos no puede dejar subsistir a su lado ningún Estado, a menos que renuncie a sí mismo. Pero sin este poder estatal separado de la sociedad, cualquier planificación de la producción y la distribución sólo puede ser llevada a cabo por el sistema de los Consejos. Los organismos de planificación vienen a ser también de las empresas que junto a otras empresas se funden en un único sistema de Consejos. A propósito de esto, se dice ahora que también la clase obrera en su composición está sujeta a continuos cambios. Los *Principios fundamentales* consideran al proletariado industrial reunido en las empresas como la clase socialmente determinante. El sistema de los Consejos basado en las empresas determina la estructura de la sociedad y obliga a otras clases, por ejemplo a los campesinos independientes a integrarse en el nuevo sistema económico-social. En los últimos 40 años, la clase obrera, es decir, el estrato de los que perciben una paga o un salario, ha aumentado, pero —en relación con el conjunto de la población —el número de trabajadores industriales ha disminuído. Una parte de los empleados trabaja en las empresas junto a los trabajadores manuales, otra en el campo de la distribución y la administración. Ya que la producción depende cada vez más de la ciencia, y las fuerzas productivas de la ciencia superan «tendencialmente» a las del trabajo directo, también en las universidades, al menos en parte, pueden ser vistas como «empresas». Y si en el capitalismo plusvalía significa siempre trabajo no pagado (plustrabajo) cualquiera que sea el estado de la ciencia, la riqueza social en el comunismo se presenta no como un crecimiento del trabajo, sino como la continua reducción del trabajo necesario, consecuencia del desarrollo científico libre de las limitaciones capitalistas. La producción se socializa progresivamente como consecuencia de la creciente participación de las masas en el proceso de producción, masas obreras que sólo pueden existir en la más estricta colaboración y en la recíproca compenetración en todos los tipos de trabajo. En pocas palabras, la noción de clase obrera se amplía, es más extensa hoy que hace 40 años. Los cambios en la organización del trabajo contienen ya una superación de la división del trabajo, de la división entre trabajo manual e intelectual, entre oficina y fábrica, entre trabajadores y directores: es un proceso que, mediante la participación de todos los productores en la producción ahora orientada socialmente, puede llevar a un sistema de consejos que incluya a toda

la sociedad y que así ponga fin a la dominación de clase.

Se puede compartir la desconfianza de los *Principios fundamentales* frente a los «jefes, técnicos y científicos» que se arrojan el derecho de dirigir la producción y la distribución, sin por ello olvidar que aparte de los jefes, los otros son productores. Precisamente el sistema de los Consejos los coloca junto a todos los demás productores, y los arranca de la posición privilegiada que ocupan en el capitalismo. A pesar de todo, como los pasos atrás en el campo social son posibles, es claro que, incluso un sistema de Consejos puede degradarse; por ejemplo, a causa del desinterés de los propios productores en su autonomía y el consiguiente paso de las funciones de los Consejos a exponentes internos del sistema, que se vuelven independientes de los productores. Los autores piensan que se puede evitar este peligro por medio del «nuevo cálculo de la producción como base general de la producción». Pero como este cálculo de la producción debe ser, ante todo dictado prácticamente, el efecto esperado puede entonces perderse por una serie de modificaciones. En la exposición de los autores, el sistema, una vez implantado, se presenta como suficiente. Por medio del «funcionamiento objetivo de la producción», del control de ésta en relación a la reproducción, se defienden del ordenamiento que permite la personalización de las decisiones, como ocurre en el capitalismo de Estado.

El nuevo sistema de producción y distribución garantiza en sí mismo la sociedad comunista, aunque en realidad el «funcionamiento objetivo de la producción» está siempre garantizado por personas. También en el capitalismo hay un «funcionamiento objetivo» de la producción, que viene dictado por la ley del mercado, a la cual todas las personas están sujetas. Es el sistema quien domina al hombre. Esta visión fetichista del sistema encubre la realidad de las relaciones sociales de explotación del hombre por el hombre. Detrás de las categorías económicas están clases y personas, y cada vez que el fetichismo del sistema es sobrepasado, vuelve a la luz la lucha abierta entre clases y personas. Si bien también el comunismo es un sistema social, éste no actúa por encima de los hombres, sino según los hombres. No tiene una vida propia a la que las personas deban forzosamente adaptarse; el «funcionamiento objetivo de la producción» está determinado por personas, pero por personas que forman parte del sistema de los Consejos.

Estas pequeñas observaciones críticas serán suficientes para indicar que en los *Principios fundamentales* no se nos presenta un programa acabado sino que se trata de un primer intento de acercarse al problema de la producción y la distribución comunista. Y aunque los *Principios fundamentales* tratan de un estado social del futuro, constituyen al mismo tiempo un documento histórico que arroja luz sobre una etapa de las discusiones del pasado. Sus autores trataban las cuestiones de la socialización de hace más de medio siglo, y algunos de sus argumentos han perdido actualidad; con el tiempo los *Principios fundamentales* intervienen en la disputa, ya superada, entre los teóricos de la economía natural y los representantes de la economía de mercado, mostrando las posiciones equivocadas de ambos.

En general, el socialismo no se considera ya como una nueva sociedad, sino como una variante del capitalismo. Los defensores de la economía de mercado, hablan de una economía de mercado planificada, mientras que los defensores de una economía planificada se sirven de la economía basada en el mercado. La organización de la producción fundada sobre el valor de uso no excluye la distribución desigual de los bienes de consumo mediante la manipulación de los precios. Las «leyes económicas» son consideradas independientes del tipo de sociedad, y todo lo más se discute ahora sobre qué mezcla de capitalismo y de socialismo es más «económica».

El «principio económico», es decir, el principio de la racionalidad económica que, como se suele decir, es la base de toda ordenación social y que se presenta como la realización del máximo resultado con el mínimo costo, en realidad no es sino el clásico principio capitalista de la producción con vistas al beneficio, que tiende siempre a la máxima explotación. El «principio económico» de la clase obrera, en consecuencia, no es otro que la abolición de la explotación. Tal principio, del que parten los *Principios fundamentales*, ha sido hasta hoy letra muerta para los trabajadores. Aparte de la clara explotación en los países llamados «socialistas», las académicas charlas en los países capitalistas a propósito del socialismo se refieren sólo a sistemas de capitalismo de Estado. La «propiedad socialista» de los medios de producción es considerada siempre como propiedad del Estado. La distribución administrativa de los bienes, con o sin mercado, es siempre objeto de decisiones centrales. Como en el capitalismo, la explotación se da en dos

formas: mediante la separación continua de los productores de los medios de producción y mediante la monopolización del poder político. Y donde se ha concedido o impuesto a los trabajadores una especie de derecho a la cogestión, el mecanismo de mercado une a la explotación estatal, la autoexplotación. Por muchos puntos débiles que se puedan encontrar en los *Principios fundamentales*, en la situación actual siguen siendo, hoy como mañana, el punto de partida de todas las discusiones y esfuerzos serios para la realización de la sociedad comunista.

Febrero 1970 — Paul Mattick

A MANERA DE PROLOGO

La siguiente obra ¹ es un trabajo colectivo del Grupo de Comunistas Internacionales, que posee tal unidad en su composición, que podríamos calificarlo ciertamente de un trabajo colectivo logrado. Esta base de trabajo del escrito, que testimonia prácticamente el resultado que puede dar un trabajo colectivo de fuerzas conscientes, lo hace verdaderamente valioso.

El Grupo de Comunistas Internacionales debate en esta obra, por primera vez en la historia del movimiento obrero de la postguerra, la posibilidad efectiva de construir una producción y una distribución en el seno de una sociedad basada en las necesidades reales de los hombres. Tiene en cuenta todas las experiencias realizadas por los trabajadores y por sus teóricos hasta hoy, para poder analizar sus errores, y, al mismo tiempo, a partir de los resultados obtenidos, indicar nuevas vías. Trata no sólo de las necesidades de transformación y construcción en el terreno industrial, sino también de la necesaria alianza con la agricultura. Los autores dan así una clara visión de las íntimas conexiones y del funcionamiento de toda la economía.

El lenguaje simple, los pasos lógicos comprensibles por todos, hacen que cualquier trabajador que lea estas páginas comprenda

¹ El documento teórico más importante del G.I.K.H. *Principios fundamentales de una producción y distribución comunista*, (editado por primera vez en alemán en el año 1930 en Berlín) fue redactado, después de largas discusiones en el grupo, por Henk Canne Meijer sobre la base del proyecto de Ganappel.

su contenido. El gran realismo del escrito ofrece amplias posibilidades de discusión a cualquier tendencia de la clase obrera.

Ya que nosotros también debemos discutir las perspectivas que ofrece el escrito, nos reservamos el exponer en el futuro nuestras posiciones al respecto.

Para la difusión de este trabajo afirmamos que los Principios de una producción y distribución comunista tendrán éxito si la clase obrera lo estudia concienzudamente y lo discute, haciendo suya en la lucha la conciencia que nos aporta. ¡La lucha es dura, pero el resultado vale la pena!

Berlín 1930

Allgemeine Arbeiter Union Deutschlands
(Unión Obrera General de Alemania)²

² La A.A.U.D. (Un. Ob. Gen. de Alemania) nace de la unificación nacional de muchas A.A.U. locales que agrupaban a las organizaciones revolucionarias de fábrica durante el período de 1918-19. A continuación se puso a colaborar en la práctica con el K.A.P.D. (partido comunista obrero alemán) que estaba recién formado. Sólo en este sentido se puede definir a la A.A.U.D. como la "organización de masas" del K.A.P.D. El carácter doble de la A.A.U.D., que a la vez era la organización de masas de un "partido de vanguardia" (el K.A.P.D.) y quería convertirse en la organización unitaria del proletariado, condujo a la escisión entre la A.A.U.D. y la A.A.U.D.E. Enheitsorganisation (organización unificada). Después de 1923, con el reflujó del movimiento revolucionario, ambas tendencias se convertirían en "organizaciones de vanguardia", mientras el K.A.P.D., después de la A.A.U.D. y A.A.U.D.-E. se fusionarían finalmente en 1931 en la K.A.U.A. (Unión Obrera Comunista de Alemania) organización a la cual muy pronto el nazismo impediría desarrollarse(*).

(*) Ver el folleto de H.C. Meijer, *El movimiento de los consejos obreros en Alemania*. Ed. Zero, 1975.

I. Pasar del Comunismo de Estado a la Asociación de productores Libres e Iguales p. 35.

El comunismo de Estado como nueva forma de dominación. El aparato de producción se alza por encima de los productores. Nacionalización y socialización. Para Marx la sociedad está madura para la producción comunista sólo en todo su conjunto, y su guía dirección corresponde a la asociación de productores libres e iguales. El tiempo de trabajo socialmente medio según *El Capital* y el *Antidühring*. El sistema de los Consejos propone de nuevo este tipo de asociación.

II. Los progresos en el planteamiento del problema p. 51.

Los discípulos de Marx exponen la teoría del desarrollo automático del comunismo con la concentración del capital (Hilferding). Llegan así a un modo de producción comunista basado en el trabajo, que se desarrolla únicamente mediante la producción de bienes, una producción sin unidad de medida. Weber y Mises muestran la imposibilidad de un tipo semejante de producción, y se originan graves divergencias en el campo comunista. Una parte se atiene a la idea de la simple producción de bienes. Neurath, Varga y Hilferding evitan la cuestión. Leichter y Kautsky reconocen la necesidad de una unidad de medida. Kautsky vuelve al capitalismo. Leichter señala la hora de trabajo socialmente medio, como unidad de medida. La revolución rusa muestra que la

dirección centralizada del aparato productivo trae consigo una nueva forma de explotación, y en consecuencia se tiene que marxismo y anarco-sindicalismo llegan a un planteamiento más correcto del problema. Lo que se presentaba como comunismo libre, aparece ahora como la misma organización de la producción con derecho centralizado de disposición (Sebastian Faure).

III. El proceso de reproducción en general. p. 62.

En el capitalismo la reproducción es una función individual, en el comunismo es social. La hora de trabajo socialmente medio como unidad de medida. La moderna contabilidad empresarial del capitalismo muestra la posibilidad de calcular para cada producto el tiempo socialmente medio por su producción. La fórmula de la producción (mp + mat. pr.) + ft es al mismo tiempo la fórmula de la reproducción. Leichter utiliza el concepto capitalista de valor para la fuerza de trabajo. Esta tiene para él un precio (expresado en horas de trabajo) que debe depender de los costos de producción de la misma.

IV. El tiempo de producción socialmente medio como base de la producción. p. 72.

Kautsky no está en condiciones de calcular el tiempo de producción socialmente medio, porque pretende determinarlo por medio de una central económica sobre el producto acabado. Por esto no sabe cómo sacar la media según cada empresa. La solución está en el hecho de que cada grupo de producción en general forma una unidad que trabaja por un tiempo socialmente medio de producción según la fórmula (mp + mat. pr.) + ft, mientras que por grupos productivos particulares se calcula lo alejado que está de la media del factor de productividad. La suma de las diferencias es siempre igual a cero.

V. El tiempo de producción socialmente medio como base de la distribución. p. 82.

Leichter quiere una distribución desigual de los productos, a pesar del cálculo del tiempo de trabajo. Las directrices para la

distribución dadas por los fisiólogos de la nutrición. Estos definen un mínimo para la subsistencia, que da el valor del trabajo no cualificado, mientras que el trabajo cualificado se paga en proporción mayor. Esta distribución desigual de los productos determina la estructura organizativa de la sociedad. Los precios de los productos, en Leichter, no coinciden para nada con el tiempo de reproducción. La dirección general de toda la producción determina una política de precios por lo cual no se pueden sacar los tiempos de reproducción real de los productos. De este modo la hora de trabajo socialmente medio no puede ser ya la base de la distribución. En el comunismo de Estado de Varga ya no existe ninguna otra relación entre tiempo de trabajo y distribución del producto. Se determina todo en base a decisiones personales. La política de clase, proletaria en las intenciones, muestra pronto, en la distribución de los productos, cuándo el sistema está podrido en su interior. Muestra claramente que el aparato productivo se coloca por encima de los productores.

VI. El trabajo social general. p. 92.

Los costos de toda la producción, la asistencia social, etc. hacen que parezca necesaria una dirección centralizada de la producción. El Estado se procura entonces los medios para los gastos improductivos gracias a una política de precios; más exactamente con una contribución por parte de las fábricas o con impuestos indirectos. Leichter trata de situar el problema en términos exactos, o sea, de colocar estos gastos en relación con la fuerza de trabajo directamente empleada. Pero al final resuelve él también el problema con una política de precios. La realización del tiempo de reproducción socialmente medio no permite una política de precios. La distribución de los productos hace efectivamente que no todo el provecho de la fuerza de trabajo empleada pueda ir a beneficio de los trabajadores de las fábricas, sino sólo una determinada parte de ésta. Esta parte está determinada por el factor pagado. Este factor se hace más pequeño cuanto más socializada esté la distribución, hasta acercarse a cero. Aquellas industrias que ofrecen al consumo individual su producción sin una medida económica y que al mismo tiempo producen para la sociedad, se denominan industrias mixtas, por ejemplo, la industria eléctrica.

VII. La distribución comunista. p. 106.

La cuestión fundamental es establecer una relación directa entre productor y producto. Las cooperativas de consumo como asociaciones de consumidores libres e iguales. La distribución del producto se convierte en una función pública. El mecanismo del mercado como medida de las necesidades. Las cooperativas como expresión colectiva de las exigencias y deseos individuales. La distribución entre los distintos grupos de consumo.

VIII. Producción a escala ampliada o acumulación. p. 114

La acumulación es una función social. La comunidad decide en sus congresos económicos, cuánto debe ser ampliado el aparato productivo en su conjunto. Aquí, es ante todo necesario saber cuánta fuerza de trabajo se consume en la reproducción simple. El fondo de acumulación social se forma calculando la acumulación en el factor de consumo individual. Las decisiones sobre su uso quedan en manos de los productores. Incluyendo la acumulación extraordinaria, para ferrocarriles, cultivo de nuevas tierras, etc... en el fondo para el TSG se evitan obstáculos en la producción.

IX. La contabilidad social general como resumen ideal del proceso económico. p. 126.

Cuando la producción y la reproducción se vuelven una unidad orgánica, el mercado, el dinero y los precios se eliminan. Sin embargo, para una producción planificada es necesaria una unidad de medida: la hora de trabajo socialmente medio parece ser la base natural del cálculo de la producción. De esta manera el flujo de productos funciona según la medida del tiempo de producción socialmente medio de los distintos bienes. La contabilidad social general registra este flujo y con ello obtiene también las bases para calcular el factor de consumo individual.

X. La contabilidad social general como forma de control sobre el proceso económico. p. 131.

El control personal en el comunismo de Estado. Control técnico y de la contabilidad. En una producción donde el flujo de los productos funciona según un tiempo de producción socialmente medio, la producción está controlada por la reproducción. No se trata de un control personal sino de un control real. La determi-

nación del tiempo de trabajo socialmente medio. El control mediante el registro del flujo de los productos.

XI. El control social de las empresas por el T.S.G. o empresas públicas. p. 141.

El control automático no es tan multiforme como en las industrias productivas. Va en una sola dirección. Otros métodos de control en análisis comparativos. El control sobre la distribución y sobre el dinero-trabajo.

XII. El trabajo socialmente necesario y el tiempo de reproducción socialmente medio. p. 144.

Se ha intentado meter en la categoría del tiempo de trabajo socialmente necesario un elemento de cálculo. Esto se demuestra imposible en la práctica. El cálculo del tiempo de reproducción socialmente medio lleva al mismo tiempo a la reproducción del trabajo socialmente necesario. Así como el valor es el elemento esencial de la producción de mercancías, el tiempo de reproducción socialmente medio es el punto central de la economía comunista.

XIII. La dictadura económica del proletariado y la contabilidad social general. p. 148.

El proletariado dicta muy poco democráticamente las nuevas leyes de la producción. Ejercita una dictadura económica. La contabilidad social general se muestra como un válido apoyo en la organización de las pequeñas industrias que dirigen y orientan automáticamente su producción. La dictadura se extingue por sí sola.

XIV. La cuestión agraria y los campesinos. p. 151.

El desarrollo orientado hacia la producción de mercancías. En la economía doméstica cerrada, el campesino no aparece en principio como productor de mercancías, ya que lleva al mercado sólo lo innecesario. La creciente necesidad de dinero lleva a un aumento de la productividad. Las teorías erróneas de los economistas sobre el desarrollo agrícola. Con la producción de mercancías el campesino pierde su independencia.

XV. Los campesinos y la revolución. p. 156.

Un proletariado agrícola débil. Las contradicciones de clase son moderadas. La dependencia de los campesinos y los obreros es grande.

XVI. La revolución agraria en Rusia y Hungría. p. 158.

La consigna «la tierra para los campesinos» desarrolló una energía tan grande porque satisfacía los deseos de los campesinos de figurar ellos mismos como productores de mercancías. La economía campesina rusa inicia ahora el desarrollo ya atravesado por la de Europa Occidental. La revolución campesina en Hungría no se produjo. La propiedad del latifundio se puso bajo dirección estatal. Ni Rusia ni Hungría pueden enseñarnos nada sobre la organización y la dirección de una economía agrícola.

XVII. El proletariado rural y los campesinos pequeños y medios en la revolución alemana. p. 162.

Los campesinos pequeños y medios no fueron determinantes en la revolución alemana. El proletariado rural de los grandes latifundios no mostró tendencia alguna a subdividir las tierras. Cómo la ideología es determinada por la técnica. El semiproletariado ha jugado un papel importante en la revolución.

XVIII. Los campesinos bajo la dictadura proletaria. p. 167.

Los campesinos alcanzan la autodeterminación mediante la propaganda y con imposiciones económicas, para llevar el sistema de los Consejos también al campo. El cálculo del tiempo de reproducción de los productos.

XIX. Conclusiones. p. 170.

I
PASAR DEL COMUNISMO DE ESTADO
A LA ASOCIACION DE PRODUCTORES LIBRES E IGUALES

1. El comunismo de Estado

Las tentativas hechas en Rusia de construir la sociedad comunista, han llevado a afrontar prácticamente lo que antes podía ser considerado sólo en la teoría. Rusia ha intentado, en lo que se refiere a la industria, construir la vida económica sobre principios comunistas... y en esto ha fracasado completamente. Prueba de ello es el hecho de que el salario no aumenta con el aumento de la productividad. (Cfr. Henriette Roland-Holst en la revista holandesa «Klassenstrijd», 1927, p. 270)¹.

La mayor productividad del aparato productivo social no da derecho a una cantidad mayor de producto social. Esto demuestra que la explotación continúa. H. Roland-Holst muestra cómo el trabajador ruso es hoy día un asalariado. Se podría simplificar la cosa poniendo el acento en el hecho de que Rusia es un país agrícola con propiedad privada de las tierras, y que por esto, la base capitalista del trabajo asalariado es necesaria en toda la vida económica. Pero quien se contenta con esta explicación, ve cómo es, en efecto, la Rusia actual y sus actuales bases económicas, y sin embargo no habrá aprendido nada de las grandes tentativas de los rusos, en lo que se refiere a la economía comunista. En muchos

¹ La revista «Klassenstrijd» (Lucha de clases) fue fundada en enero de 1926; en 1928 se fusiona con el periódico «De Vloam» (La Llama), dando vida a la revista «De Nieuwe Weg» (El Nuevo Camino). El artículo del que se habla, trata del paro en Rusia: *Wat gebeurter in Soviet Rusland?* (¿Qué pasa en la Rusia Soviética?) p. 267 ss., sept. 1927.